

Queridos todos:

Hace unos cuantos días que quería escribirles y, por de pronto, enviarles el audio con un segmento de las palabras de Eduardo, que llegaron hondo.

Además, les quería transmitir algo que desde hace mucho tengo en mi corazón, más o menos desde hace 29 años.

Cuando un miércoles a fines de enero Angel desapareció de la cárcel, yo me enteré por Chela, su mamá, el lunes siguiente. Empecé a buscarlo de todas las maneras a mi alcance. Primero, fui al juzgado de La Plata donde estaba radicada la causa. Y digo juzgado con minúscula, porque a su cargo estaba Leopoldo Federico Russo. Cuando pedí hablar con él para comunicarle la situación, me aconsejó "deje todo en manos de la justicia, señora, porque, si no en vez de uno, van a ser dos". Después no quiso recibirme nunca más y mandó decirme por el secretario que si yo hacía algo inadecuado iba a mandarme detener. Después, cuando ya me habían avisado que Angel había muerto, solicité que me entregaran el cuerpo y pregunté si le habían hecho alguna autopsia, cosa que nunca me contestaron. Pedí que me avisaran cualquier novedad, era más o menos el 20 de febrero ya para ese entonces. Me enteré por un comisario de la Jefatura de Policía de La Plata, adonde me enviaron del juzgado, que a Angel lo habían enterrado en el cementerio de La Plata.

No hace mucho Leopoldo Federico Russo encontró la muerte al término de un juicio por la verdad, de un infarto.

Lo segundo que hice fue ir a Sierra Chica porque, no sé cómo, me enteré que Julio U había aparecido allí. Fuimos con mi cuñado (marido de mi hermana), Chela y yo, a ver si lo encontrábamos a Angel. No estaba.

Entre tanto, mi hermano habló con Monseñor Laguna, de quien era su secretario. Laguna le informó que había recibido cartas de familiares en las que denunciaban la situación de los condenados a muerte de La Plata, con anterioridad a la desaparición de Angel.

El viernes 5 recibí un telegrama de la provincia de Buenos Aires, que firmaba el Servicio Correccional en la que decía "le informo a usted que su esposo, Angel Alberto Georgiadis, al ser trasladado por personal militar de la subárea 113 para ser sometido a interrogatorio militar se infringió lesiones por autoagresión que le ocasionaron su deceso" (cito de memoria).

A partir de entonces, lo único que me cabía era toda la resistencia posible: pedir el cuerpo de Angel, pedir todos los efectos que estaban en la causa y la mayor divulgación para que su muerte no fuese en vano y sirviese para evitar que los asesinaran a ustedes.

A eso me dediqué. Ustedes estaban cerca mío, ustedes no estaban solos. Yo estaba del otro lado tratando de que se supiera lo que pasaba. Tenía mi testimonio, el telegrama para ver si de alguna manera se podía presionar. Cuanto más se supiera, un poco más seguros iban a estar ustedes. Yo sé que Angel me estaba pidiendo que hiciera algo, que su muerte no fuese en vano.

Por eso hoy quiero contarles ese vínculo que yo sentí y que tan importante fue para mí. Como dijo Eduardo que aprendió a querer a los compañeros, a mí me pasó algo parecido. Sentí que mi vida no tenía sentido, ya Angel no estaba. Pero estaban ustedes y yo podía hacer algo.

Hice cosas que vistas hoy son de locos. Pero sobreviví, vaya a saber uno porqué y cómo.

Fui al Regimiento Patricios y estuve como tres horas adentro esperando que me dieran una respuesta sobre el cuerpo de Angel. Me dejaron salir.

Fui a la casa de gobierno a hablar con un marino, cuyo nombre no recuerdo, para pedirle que me permitieran trasladar el cuerpo de Angel a la Chacarita. "Usted tiene toda la razón, señora". Saca una pistola de su cajón y la pone en el maletín y me explica "en estos tiempos hay que tener cuidado", me explica a mí, organizando las cosas que tiene que llevarse.

Me conecté por esas vías que funcionaban en esos tiempos con Emilio Mignone. Un amigo de Angel de sus tiempos de deportista era Quique Lugones y su hermano había desaparecido con el grupo de Flores donde estaba Mónica Mignone.

En lo de Emilio nos juntábamos siempre varios familiares y ahí sentíamos que no estábamos solos, que no éramos locos aunque la gente siguiera caminando por la calle como si tal cosa. Era verdad lo que nos había pasado. Algo atroz sucedía y la gente no se percataba o no quería percatarse.

Emilio mandó la documentación a Jack Anderson, que la divulgó en Estados Unidos. En la casa de los Mignone de la calle Santa Fe nos encontrábamos los familiares con periodistas a quienes contábamos los casos de cada uno. Ustedes estaban presentes.

A fines de junio, gracias al pasaje que me mandó Juan Méndez, me fui a París, como me hubiera podido ir a la Cochinchina. Partí con María de la Paz que tenía tres años. Salí de Ezeiza, no sé cómo, el avión se demoró aproximadamente tres horas en la pista. Llegué a París a las 10 de la noche con María de la Paz dormida. Nadie me esperaba, tampoco tenía ninguna reserva de hotel. Los Méndez ya se habían ido a los Estados Unidos. Era tanta mi ignorancia que no pasé ni por la aduana ni por migraciones porque no tenía ni idea. Tampoco sabía que necesitaba un permiso de residencia y un permiso de trabajo.

Ahí empecé a difundir en París, Ginebra, Londres, Edimburgo lo que estaban pasando ustedes en La Plata.

Bueno, puedo seguir contando más cosas, pero paro acá porque si no este mail no va a llegar nunca.

Los abrazo a todos muy apretado, están en mi corazón

Teté